

Presentación

Margarita Martínez*

En el comienzo de su polémico escrito *Reglas para un parque humano*, de 1999, Peter Sloterdijk recordaba la sentencia de Jean Paul según la cual los libros son cartas más o menos largas a los amigos. La tradición filosófica, decía Sloterdijk, es parte de ese amor codificado que precisa del envío y la hermenéutica para hacer fructificar, como hechizo distante, otro amor, del otro lado, que a su vez lo lanzara hacia adelante. En otras palabras, hacer filosofía era crear esferas simbióticas de ensueño en donde fluya la embriaguez de preocupaciones secretas compartidas con ese otro lejano cuyo rostro apenas se entrevía. Los perfiles del tiempo develaban así fisonomías sucesivas cuyo correlato mismo era la historia del hacer filosofía.

Para que el diálogo filosófico no quedase encriptado en jergas refinadas que lo harían inaudible para aquellos invisibles, era necesaria la afección del mundo. En Sloterdijk, se trata de la intoxicación voluntaria en los problemas de la época. De ella puede surgir la figura del diagnóstico, o del lamento poético, o de la creación literaria. Es el punto de partida del filósofo alemán: una revisión de la teoría crítica, realizada en *Crítica de la razón cínica*, de 1983, que encubre un primer análisis del tipo subjetivo del hombre de las capas medias del siglo XX, un diagnóstico filosófico que debe tanto a Nietzsche y a Heidegger como a una pulsión pictórica cuyo efecto es la palabra síntesis. Pero hay más: en el tránsito de efluvios discursivos que es la filosofía occidental, la lengua de Peter Sloterdijk avanza pronto hacia una lengua maníaca, una lengua azuzada por los matices técnicos de la época.

Extrañamiento del mundo, de 1993, evoca la caducidad de las antiguas lenguas metafísicas: tras el “ominoso banquete”, desterrado el entusiasmo y hartos de comer las migas del origen griego, después de Auschwitz, después de las trampas biopolíticas, el hombre se retira hacia otras lenguas sucedáneas, postmetafísicas, que en el siglo XX adquieren la forma de la psicología y la antropología profundas. Su cielo se ha borrado y su *psiquis* no tiene las dimensiones necesarias para contener al mundo; el aforismo nietzscheano se afina en la conversión de la naturaleza en medioambiente tecnificado, y el paisaje cae como un cortinado de utilería. El hombre emprende el último exilio a los parajes de la técnica como una forma de exilio al ámbito del todo él.

La reflexión de Sloterdijk hace rozar esta constatación con la pregunta por lo sagrado. ¿Qué hay, en esas cartas de amor, sino una búsqueda por algo que no se sabe qué es, que nace mientras se desovillan las palabras? ¿Qué hay sino el desarrollo de un lenguaje secreto que pasa de mano en mano? Si las jergas pertenecen más a los ocasos que a los nacimientos filosóficos, si son de alguna forma lenguas de clausura del mundo, los filósofos más proyectivos, los que no se lamentan, serán aquellos capaces de una lengua liviana, por qué no jovial. La lengua del júbilo, la lengua del quinto evangelio, es para Sloterdijk la lengua de Nietzsche. Y la propia lengua de Sloterdijk, desde este punto de vista, la de una antroposofía que encuentra su punto más álgido en la trilogía *Esferas*.

El de Sloterdijk es un discurso sobre el habitar humano que no se expresa necesariamente en términos humanistas; los hombres “no sólo se dejan abrigar por las hablas; también se hacen domesticar por sus moradas”. Son seres expuestos a perpetuidad a la intemperie y su historia es la de la búsqueda de un refugio: primero en la naturaleza, luego frente a la naturaleza, para terminar en el refugio de la naturaleza enrarecida. En el camino de la domesticación, las aristas técnicas y las políticas se fusionan. *El desprecio de las masas*, del año 2000, se puede leer como un tributo a Elias Canetti, quien había pensado en una masa que adquiriría alma al convertirse en elemento natural, que

* Docente de la materia Informática y Sociedad en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Profesora Titular de la materia Filosofía en el ENERC.

se volvía arena, que tenía las mismas propiedades del fuego, que se cerraba en círculos en el espectáculo o que se abría para crecer de forma ilimitada. *Temblores del aire*, de 2002, en cambio, es una exploración de la densidad del medioambiente sígnico y material y de las consecuencias de un habitar humano esencialmente simbólico. La culminación hasta hoy de ese proyecto antropológico es la trilogía *Esferas* (*Burbujas*, 1998, *Globos*, 1999, *Espumas*, 2003), en la que Sloterdijk se lanza a una indagación fenomenológica del espacio que se cruza por primera vez, en el eje de una larga historia, con la dimensión política. El supuesto inicial es que habitar el mundo es habitar esferas, y que las esferas, como construcciones inmunológicas, exceden los núcleos duales para convertirse en enormes construcciones políticas radiales, o en las microesferas de la disolución actual. Antes y después, crear vínculos con otro es insuflar vida a una nueva esfera cuya ruptura solamente es comparable al nido roto; fuera del vínculo, la dispersión de su aire amniótico en el cosmos lo vuelve helado, sombrío.

El dossier seleccionado en esta oportunidad se compone de textos hilvanados por la función diagnosticadora. En primer lugar, una entrevista realizada por Hans-Jürgen Heinrichs y publicada en la revista francesa *Magazine Littéraire* en 1999, donde ya se entrevén las líneas de *Esferas*, cuya introducción, en segundo lugar, estipula el camino intelectual de su proyecto más ambicioso. “Historia de la cultura como historia de la abstinencia”, fragmento tomado de *Extrañamiento del mundo*, se enfrenta al problema de las lingüísticas del entusiasmo en el pensar filosófico, de su destierro, del abandono de la *mania* como factor constitutivo del pensamiento occidental. Del largo diálogo con el filósofo español Carlos Oliveira –*Experimentos con uno mismo*– se extrajo un pasaje que aborda la constitución del tipo subjetivo perteneciente a las clases medias y universalizado por la inmensa esfera de los medios de comunicación –o las espumas– como un nuevo prototipo humano: el “último hombre”, caricatura del nietzscheano. La reflexión sobre la técnica moderna encuentra un ángulo despiadado en *La vejación a través de la máquina* que se aplica como instrumento punzante al hombre que la sostiene. Igual de crudas son las palabras que abren *Crítica de la razón cínica*, también anticipatorias de un tipo de mirada clínica.

En la actualidad Sloterdijk es profesor de filosofía y estética (además de rector) de la Universidad *Hochschule für Gestaltung*, en Karlsruhe. Dirige su propio programa televisivo, el *Cuarteto Filosófico*, al que no son adeptos los miembros de la secta del amor a la sabiduría. Su nombre se hizo célebre a partir de una polémica con los discípulos de Habermas en la cual quedó catalogado como posthumanista, o leído sin sutilezas, como antihumano. Se lo señala como un transgresor o rupturista por su denuncia del velo humanista que impediría abordar filosóficamente el fenómeno técnico; se lo califica por su explotación de la escena mediática y por una suerte de alianza con los medios de la época. No hay en este dossier, sin embargo, fragmento alguno del debate en torno de *Reglas para un parque humano*. Quizás Sloterdijk haya caído en la misma trampa que los hacedores de correspondencia: “es parte de las reglas del juego que el remitente no pueda prever quién será su receptor real”. Su discurso antropológico fue interpretado por Thomas Asshauer & Cía (o, se debería decir, Habermas & Cía) como un discurso frío y de desamor al hombre. Pero los receptores, a veces, no pueden leer las entrelíneas.